

El dolor es siempre un ángel

Federica Robaina



Capítulo 1

Siempre fui de las que repetía hasta el cansancio que debíamos dejar que las cosas nos dolieran lo que debían doler. Siempre creí que el dolor debía penetrar en nuestra heridas y desangrarlas hasta que no quedara más sangre posible de circulación, que debíamos sufrir hasta que sintiéramos que no aguantaríamos un segundo más. Porque allí fermentaría el renacimiento y porque, una vez sufrido, nunca volveríamos a padecer el mismo dolor otra vez. Al menos no por la misma causa.

Pero como en muchas cosas, la teoría siempre se me dió mucho mejor que la práctica. Cada vez que el dolor toca a mi puerta lo despido, le digo que venga más tarde, le niego la existencia. Pero él es mucho más sabio que yo y no va a parar hasta entrar. Porque sabe que lo necesito, porque sabe que me encuentro muy débil para ver su valor. Entonces insiste. Insiste hasta que le abro y cuando le abro me atropella. Como todo en mi vida me atropella. Porque me gusta así: exagerado.

Pero el dolor es siempre sabio. No para hasta que me desangra y cuando me desangra se va. Entonces me levanto. Me saca la sangre de encima y veo como ésta se adhiere al suelo. Y la herida se cierra. Demora, pero cierra. Y lo bueno de cuando cierra no es sólo que no podrá abrirse de nuevo. Lo bueno es cómo queda. Deberían ver la belleza de su forma desigual y profunda. Cargada de sentimiento, pero también de sabiduría. Y la marca se vuelve experiencia y la experiencia se vuelve fortaleza. La fortaleza se vuelve sabiduría y esa sabiduría se vuelve un ángel. Un ángel que me acompaña y me protege. Que me cuida y me recuerda siempre por dónde no caminar. Porque sabe que las heridas cierran pero también sabe que son frágiles y hay que cuidarlas. Y es inteligente y usa lo que tiene a su favor; su singular trazo que permanece siempre inmóvil y me recuerda eternamente lo que he aprendido.

Y como una herida que una vez cerró ya no volverá a abrirse, siempre y cuando haya aprendido lo necesario. Porque no se puede desaprender lo aprendido, al menos no si has sangrado lo suficiente. Y lo suficiente, por mucho que duela, a veces es hasta perder la última gota de sangre.